

Ulyses

## Noticiario

### ESPEJO DEL PASADO.

«He querido, pues, en lo posible, consignar solamente las impresiones agradables y evocadoras del pasado, olvidando los odios y las pequeñeces que salen al paso del escritor». Tal es el preámbulo que don Samuel A. Lillo, poeta venerable de nuestra patria, ha querido estampar en el pórtico de su libro, recién aparecido bajo el sugerente título de «Espejo del Pasado». Algunos críticos doctorales han calificado este espejo de don Samuel como poseedor del cristal más puro, aquel que devuelve sin aumento ni disminución la imagen de los sucesos acaecidos en una vida humana diferenciada y también el rostro físico y espiritual de los hombres que por ella han alternado. Nosotros no estamos en completo acuerdo con esta afirmación. «Espejo del Pasado» nos parece más bien un conjunto de memorias puramente literarias, donde todas las aspiraciones, éxitos y fracasos de un hombre están orientados en igual terreno, supeditando a la literatura cualquiera otra infidencia. Sobraría explicar que no hacemos esta afirmación como un reproche. Es la vida misma de este respetable poeta la que comienza con su «primer discurso» (pág. 7) y desde allí transcurre en el hogar paterno y en el aula, en el banco de discípulo y en la cátedra de maestro, impregnada siempre de fervor literario. Mas de un fervor que no

alcanza a inyectar pasión a sus ideas, como ocurre en un Stuart Mill por ejemplo, ni confundir sus ideas apasionadas con su realidad, como le sucede a Juan Jacobo Rousseau. Don Samuel A. Lillo vive en una preocupación literaria de índole docente, tolerante a lo nuevo y allí reside su más legítima gloria—pero aferrada también a sus conceptos y provista de tanta benignidad para juzgar a otras personalidades artísticas y no artísticas, que será difícil a un lector del futuro encontrar un punto de referencia, carente de esa pasión negativa que lo malogra todo en nuestro país pero dueño de un ánimo franco y constructivo. Don Samuel A. Lillo premia por igual a cuantos inserta en las páginas de su libro como un maestro bondadoso que deseara estampar sus últimos certificados antes de abandonar este valle de lágrimas. Se explica, entonces, que su fervor literario y fraternal encuentre dilecto cauce en el «Ateneo», su obra preferida, hecho a su imagen y semejanza. El «Ateneo», que no alcanzamos a conocer, es una Academia Literaria que pretende reunir a todos los valores positivos y negativos de las letras y de la política chilena en un lapso de numerosos años. Para todas estas personas, don Samuel A. Lillo tiene, en su libro, frases que las perfilan y las hace actuar en la intimidad de su obra sin desentonar, estilizadas por su generosa bonhomía. No obstante, de improviso aparece el pintor, de sensible, y certera pupila, que hay en don Samuel, el mismo que, al diseñar los primeros años de su infancia, nos presenta el mar con extraordinario temblor y colorido; entonces el efecto es magnífico. Surge una caricatura entre lírica y satírica que encanta y coge al lector. Nadie podrá olvidar en este aspecto, el retrato de don Crescente Errázuriz, de don Marcial Cabrera Guerra, de don Ramón del Valle Inclán, ni del Marqués de Dos Fuentes. El lector menos sagaz advierte que si el retratista quiere cargar las tintas puede hacerlo en forma admirable, con irónica precisión y lamenta que no se deje guiar por este impulso, conforme a su legítima idiosincrasia, en bien de una imagen más perdurable. Si con esa plenitud, que el autor no

quiere emplear a fondo, se hubieran enfocado todos los sucesos azarosos y felices que exhibe una vida humana, el resultado habría sido todavía más halagüeño. No tanto por esa proyección benévola que obtiene el autor de un libro de memorias, rico en citas de personas, entre sus contemporáneos, sino que por el sacudimiento de imaginación y sensibilidad que suscitaría ante el lector del futuro, más desatado de relaciones inmediatas y provisto, por lo tanto, de un ánimo desprejuiciado y riguroso. Y debe considerarse, en apoyo de esta última afirmación, que el libro tal como está, se lee con placer, sin dejarlo, a pesar de sus 405 páginas.

#### LA ETERNIDAD CONTIGO.

El autor de este libro, hombre benévolo y cordial, es, en el fondo, el más celoso defensor de los fueros de su raza arábigo. Este sentimiento tan respetable prima en sus obras principales: «Memorias de un Emigrante» e «Imágenes y Confidencias», donde, a nuestro juicio, venga literariamente, con serenidad y buen humor, una realidad adversa, constituída por las primeras jornadas de un emigrante, luchador en un país que, al fin de cuentas, resulta generoso. Guiado por este afecto entrañable a su lejana tierra natal no parece raro que Benedicto Chuaqui haya querido iniciar su primer libro de poemas en prosa con los prólogos de dos escritores de origen arábigo: Mahfud Massis y Andrés Sabella, de raza sin mezcla el primero, de madre chilena el segundo. Quizá si estos últimos factores influyan un tanto en la contextura de ambos prólogos y hasta en su orden de precedencia, pues el liminar de Sabella es diáfano y amable, ansioso de relacionar la poesía solemne del desierto con el fervor artístico de su lejano vástago. ¿«Qué perdido camellero ha encarnado en la voz de Benedicto para inspirarle estas canciones estremecidas en las que describe el círculo ardiente de su corazón...?». En cambio,